

## Álbum de recuerdos



No creo que haga falta decir cómo, a veces, al espigar en las páginas de las crónicas, nos encontramos con noticias tan sorprendentes y originales como la referida a lo que me atrevería llamar «una huelga de monjas». Efectivamente, las muchas necesidades que afligían a las religiosas del convento de la Encarnación las obligaron a un hecho que, según el cronista, «aunque no laudable, sólo de él pudieron esperar su remedio». Al parecer, había días en los que a las monjas les faltaba hasta lo más indispensable para subsistir, siendo inútiles cuantas diligencias llevaron a cabo por medio de esquelas a personas pudientes, exponiéndoles su extrema necesidad. En vista de ello, el 29 de septiembre de 1710, a las cinco de la mañana, salieron de su convento tales monjas y, precedidas de la Cruz, procesionalmente marcharon a la Catedral para implorar personalmente la ayuda del Ilustrísimo Cabildo. A la novedad acudió mucha gente, así como los prebendados y el deán, quienes las condujeron a la sacristía mayor y, según testimonio escrito, «luego el Cabildo trató que se restituyesen a su convento, a donde el provisor y el visitador las condujeron en coche, habiéndoles señalado suficiente congrua para evitar que, en adelante, se repitiese tan escandalosa escena». Todo lo escandalosa que se quiera, pero lo cierto es que la primera -y tal vez única- huelga de monjas, llevada a cabo en Sevilla, fue todo un éxito, incluido en él ese paseo en coche a cuenta del Cabildo.

Otra noticia que excede de la costumbre fue el ocurrido el 7 de junio de 1712 en el convento sevillano de la Asunción, de mercedarias, donde falleció la reverenda madre Teresa de Jesús, que nada tiene que ver con la santa de Avila, aunque sí con sus heroicas virtudes. Dicen numerosos testigos que en el instante de su muerte apareció sobre el convento una gran masa de luz en figura piramidal,

tan clara y resplandeciente que, lejos de infundir terror, alegró a cuantos la vieron dentro y fuera de la ciudad». Así lo aseguraban también unos caminantes que venían a Sevilla y los vecinos concurrentes al rosario del alba que solía salir de las gradas de la Catedral. Las religiosas que asistían a sor Teresa en su último estertor vieron llena de claridad su celda. «Su cadáver quedó flexible y rozagante cual si fuera de una joven, no obstante tener sesenta y cuatro años, y estuvo expuesto dos

días a la vista del público». Fue muy devota de las almas del Purgatorio, a las que aplicaba sus ejercicios, y su silencio fue admirable, habiéndose negado al trato con toda persona extraña, así en el librerío como en el torno. Según el cronista, había sido casada y, de acuerdo con su marido, la misma noche de sus desposorios optaron por tomar el hábito de la Merced en sus respectivos conventos.

Siguiendo este relato a la letra, mucho incomodó a Sevilla la falta de agua de los Caños de Carmona, que duró más de quince días, desde el 22 de junio del mismo año, por haberse roto trece arcos de su acueducto. Airada la gente por creer que la obra duraba más de los que debía, derribó una noche la taza y estropeó el pilón, lo que dio motivo a los ediles para proponer la compra de una nueva fuente en Génova, proyecto que no llegó a realizarse.

Vemos así que los episodios de huelguistas y de gente exaltada no son únicamente cosas de nuestros días. En cuanto al marido de sor Teresa, dicen que, al conocer la muerte de su esposa, sólo respondió: «Vaya por Dios, que pronto habré de acompañarla». No sé por qué, después de llevar separados toda la vida desde la noche de bodas en la que, o ambos fueron tocados por la gracia, o el novio dio un «gatillazo» de los que hacen época.

«Las monjas, salieron de su convento, precedidas de la Cruz, procesionalmente marcharon a la Catedral para implorar personalmente la ayuda del Ilustrísimo Cabildo. A la novedad acudió mucha gente, así como los prebendados y el deán, quienes las condujeron a la sacristía mayor y, según testimonio escrito, «luego el Cabildo trató que se restituyesen a su convento, a donde el provisor y el visitador las condujeron en coche, habiéndoles señalado suficiente congrua para evitar que se repitiese tan escandalosa escena».

Manuel BARRIOS